4452

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

ETHELGIVA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LA SEÑORA

DOÑA ELISA DE LUXÁN DE GARCÍA DANA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

14

ETHELGIVA.

ETHELGIVA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LA SEÑORA

DOÑA ELISA DE LUXÁN DE GARCÍA DANA.

Representado en el Teatro de NOVEDADES la noche del 24 de Enero de 1877.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
ETHELGIVA.....	Sras. D.ª Carolina Civili de Palau.
EDITHA.....	María Ruiz.
ETHELREDO, rey de Inglaterra.....	Sres. D. Juan Casañer.
ALFERO, hermano de Ethelgiva.....	Juan Manuel Palau.
ATHELSTAN, tio del rey...	Juan Montenegro.
CORK, favorito del rey.....	N. Escanero.
SIRICO, obispo de Durham..	N. Delgado.
EMMA, reina de Inglaterra..	(No habla.)

Nobles, cortesanos, guardias, pueblo, un ujier.

La accion en Lóndres: 991.

Esta obra es propiedad de su autora, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La autora se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA EXCMA. SEÑORA

BARONESA DE CÓRTES;

Á LA ILUSTRE ESCRITORA

MARIA DE LA PEÑA.

Querida amiga. Más de usted que mia es esta obra, que usted me alentó á continuarla cuando yo la abandonaba presa del desaliento, y allanó las dificultades que para su representacion pudiera haber, haciéndola llegar bajo su egida, á la eminente actriz que con su génio le ha prestado el mérito que mi escaso talento no acertó á darle.

Permítame, pues, amiga mia, que en su primera página escriba el nombre de usted al mismo tiempo que la expresion de verdadera amistad, tierno cariño y admiracion profunda que como á dama y á escritora le profesa su cariñosa

Elisa.

670069

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ethelgivadramaen3221luxa

ACTO PRIMERO.

Modesta habitacion en casa de Alfero.—Gran chimenea al fondo.—Puerta á la derecha. Á la izquierda ventana; delante una mesa, y cerca de ella Ethelgiva y Editha sentadas hilando. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

ETHELGIVA, EDITHA, hilando.

EDITHA. ¿Y qué sucedió?
ETHELG. ¡Curiosa!
EDITHA. ¿Es curiosidad acaso
querer conocer sucesos
terribles, extraordinarios,
y que pintan tan al vivo
los tiempos que atravesamos?
Vamos, cuéntamelos, prima,
tú que los has presenciado.
ETHELG. Nada sé negarte, Editha,
procuraré recordarlos,
por más que una densa niebla
me los presente velados,
que ha pasado mucho tiempo
y eran muy cortos mis años.
EDITHA. Dí, Ethelgiva!
ETHELG. En el convento

donde, aunque en bienes escaso,
mi pobre y amado padre,
dándome tiernos cuidados
me tuvo, un dia que vino
nuestro santo y buen prelado
Dunstan (como era costumbre)
bondadoso á visitarlo;
mientras que la superiora
con las religiosas, dando
señas de cuánto apreciaba
recibir á hombre tan santo,
con fausto le agasajaba
y le obsequiaba en el claustro,
y en tanto que el levadizo
puente se encontraba echado
y que los hombres de armas
vigilaban custodiando
la entrada, nuestras maestras
nos permitieron que al campo,
que fresca sombra brindaba,
fuésemos: allí, jugando
con otras niñas, corría
fuera del recinto santo.
Saltando, cual mariposas
que liban el aromático
cáliz de las flores, locas
de placer nos alejábamos,
cuando del vecino bosque
vimos salir un caballo
flotando la crin al viento,
fuego y humo respirando,
que fieramente arrastraba
(de sí mismo horrorizado
sin duda) á su caballero.
La carga rechaza en vano
el bruto, que del estribo
va el ginete aprisionado!
No corre, vuela, y arrasa
cuanto se opone á su paso.
—Ya cubierto de despojos,
deja el horroroso rastro
cual aparicion diabólica

causando efecto fantástico!
—El terror nos sobrecoge
á tan cruel espectáculo;
dimos gritos, acudieron
y lograron sujetarlo
á tiempo que ya venían
en su seguimiento varios
grupos que manifestaban
cuál su estupor y su espanto
era.—El yerto cadáver
por la espalda atravesado
con una daga, la vida
ántes perdiera por mano
de un traidor, que le arrastrára
locamente su caballo.
—Mas piensa si nuestro asombro
fué mayor, cuando el prelado
reconocio en el cadáver
á nuestro rey Eduardo,
que desde entónces *el mártir*
por todos fué apellidado.

EDITHA. ¡El rey!

ETHELG. Sí, Editha. De caza
iba aquel dia, y llegando
al castillo de Corff, donde
su madrasta estaba, un vaso
pide de hidromiel, que Elfrida
misma le da, y en el acto
en que bebía, alevoso
paje (por ella mandado)
le hiere!

EDITHA. Terrible escena.

ETHELG. ¡Aún me parece mirarlo!
—Destrozados los vestidos
de sangre cubiertos; pálido
cual la pálida azuzena
el rostro; los lábios cárdenos!...

EDITHA. ¡Qué horror!

ETHELG. Sí; era horrible, horrible!
—Contaba diez y ocho años...
Casi un niño...

EDITHA. Y Ethelredo

de propia sangre manchado...

ETHELG. ¡No, Editha! Ethelredo no,
él adoraba á su hermano!
—Era hijo del primer lecho
del rey Edgard, Eduardo;
y la madre de Ethelredo
quiso allanar los obstáculos
que del trono separaban
á su hijo bien amado!
Si fué una barbarie, ella
la cometió.

EDITHA. ¡Causa espanto!
¡Odiosa mujer!

ETHELG. ¡Odiosa!
Más ya murió. Respetando
el sagrado de la tumba
olvidémosla.

EDITHA. ¡Es extraño!
Cuando defiendes al Rey.

ETHELG. Si le defiendo lo hago
como un deber de justicia!
No es delincuente!

EDITHA. Reparo
que te interesas por él
más de lo que es necesario!

ETHELG. ¡Yo!...

EDITHA. Sí, Ethelgiva. Tú crees
que nada observo; aunque callo
bien noto que la alegría
de tu rostro se ha alejado,
y que la calma has perdido
que del convento era encanto
y de él trajiste!

ETHELG. (Confusa.) Te engañas!
Lo mismo...

EDITHA. ¿Por qué negarlo?
¿No me amas ya? No me juzgas
de confianza digna? Vamos,
quieres que yo?...

ETHELG. ¡Calla, calla!
No me digas que... ¡¡Le amo!!!

EDITHA. ¿Le amas?

ETHELG. ¡Ay! Si yo quisiera
hasta á mí misma ocultármelo!
más... ¿por qué no he de decirlo
á mi hermana? Está tan alto
el objeto de este afecto,
que es locura alimentarlo!
Lo conozco, y no soy fuerte
para vencer; sé mi amparo.
Estoy sola, sin apoyo,
sin proteccion, que mi hermano
ocupado de tí siempre
sólo piensa en el trabajo,
cuyo fruto debe darle
tu posesion; me amas tanto,
que espero causarte lástima,
y que tus dulces cuidados
y tus juiciosos consejos
me saquen de este letargo.

EDITHA. Eres noble, buena, santa,
Ethelgiva, y no me afano
en hablarte de los riesgos
que tú ves sin duda claros.
—Lo que me asusta es el Rey!
—Impetuoso, acostumbrado
desde la más tierna infancia
á sufrir el yugo extraño
de su madre, ahora que puede
ya mandar cual soberano,
su pasion no encuentra freno,
si un deseo ha formulado
de cualquier modo, que es hijo
de Edgard y Elfrida por algo.
—Te vió, te miró, y de entónces
todos los dias acaso,
bajo de nuestros balcones
se detiene, rodeado
de su córte, cuando á caza
va.—Te retiras, es llano;
más yo su despecho veo,
más yo tu dolor reparo,
y tiemblo, prima, que encuentres
un abismo ante tus pasos!

ETHELG. ¡Editha! Querida Editha,
¿qué debo hacer?
EDITHA. Esperarlo
todo del tiempo y de Dios!
Ruégale mucho entre tanto!
Él te sostendrá. El olvido
vendrá, Ethelgiva, pensando
que tú á la virtud te debes,
que el Rey, galan y bizarro,
para alguna gran princesa
debe estar predestinado
y que tú eres su vasalla.
¡No más!
ETHELG. Lo sé, sí, le amo!
Mas nada espero ni quiero,
y si el Rey me amase tanto
cual le amo yo, no por eso
mi amor fuera afortunado!
Ni su poder, su grandeza,
ni su cariño, ni acaso
su vida, fueran bastante
á hacerme olvidar sagrados
empeños de honor, que el sólo
bien que tengo es nombre honrado.
¡Yo quiero dejar de amarle!
¿Lo conseguiré? ¡Dios santo!
Tú que mi infancia guiaste,
Tú que tienes á tu lado
á mi pobre y santa madre
y á mi leal padre, tu mano
sobre mí extiende, mi ruego
escucha, dame tu amparo.

ESCENA II.

DICHAS, el REY, CORK, que entran embozados en sendos mantos oscuros con capuchas. El Rey muy modestamente vestido. Éste habla bajo con Cork en la puerta.

REY. ¡Aquí están!
CORK. Señor, prudencia.
Déjame hablarles primero.

REY. Sí, Cork, mas sabes que espero
con la más viva inquietud.
CORK. Tente, señor apartado;
veremos cual se presenta,
y si es verdad lo que cuenta
la fama de su virtud. (Se adelanta.)
EDITHA. ¿Qué quereis?
CORK. ¿Esta es de Alfero
la morada?
EDITHA. Sí señores.
CORK. Quiero verle.
ETHELG. Á sus labores
mi hermano Alfero salió;
más no tardará.
CORK. Queremos
encargarle obra esmerada,
que sólo ser confiada
puede á un artista de pró.
ETHELG. Le honras.
CORK. ¿Es tu hermano?
ETHELG. ¡Sí!
CORK. Sé que es un hombre excelente,
laborioso, inteligente,
el Rey le protegerá.
ETHELG. (Con extrañeza.) ¿Por qué?
CORK. Porque al artesano
que su familia sustenta,
el Rey ayuda y no cuenta
los socorros que le da.
EDITHA. (Burlona.) Ay, señor, si el Rey quisiera
hacer felices á todos
sus vasallos, de mil modos
tendría mucho que hacer.
Él es muy caritativo,
pero ¿qué esperar podemos
si pobreza padecemos
que el Rey no puede saber?
CORK. Lo sabrá, yo lo prometo.
ETHELG. Y yo, señor, te suplico
nada digas.—Es ya rico
el que cuenta con su Dios!
CORK. Los reyes sobre la tierra

á Dios representan.

ETHELG. ¡Cierto!
pero mi hermano te advierto
que es feliz entre las dos.
Trabaja.—Las dos le amamos
con un cariño profundo:
de los bienes de este mundo
acaso alguno es mayor
que una afeccion verdadera
y una honra inmaculada?
—No carecemos de nada,
aquí hay cariño y honor!

CORK. No me engañaron.

ETHELG. ¿Dijeron?...

CORK. ¡Que eras altiva, señora!
Y el que rendido te adora
aquí me mandó venir
para contarte una historia
que causa duelos prolijos
al que con los ojos fijos
en tí, vió su dicha huir.

ETHELG. ¿En mí?

CORK. Escucha.—Una mañana
que el Rey á caza salía
y la córte le seguía
cual siempre costumbre fué,
al pasar por un lejano
barrio, que el Támesis baña,
vió tu belleza, que empaña
al mismo sol, ¡por mí fe!
Mirándote en la ventana
quedó deslumbrado, ciego.
Aquí perdió su sosiego,
pues cuantas veces tornó
vió al pueblo que en regocijo
aclamándole salía,
vió la mirada sombría
pero tu hermosura no.
De entónces el soberano
sufre de amor el martirio;
sueña el purísimo lirio
que le enamora obtener.

Respirar su dulce esencia,
embriagarse en los amores
de la reina de las flores
que usa nombre de mujer!

ETHELG. Ignoro, señor, la causa
que á hablarme de esa manera
os mueve, que indigno fuera
de un caballero leal
ultrajar al tiempo mismo
á una mujer que es honrada
y al soberano, que nada
ha puesto en mensaje tal.
Á mí no va dirigido,
pero si yo conociera
á quien por dicha estuviera
en ese caso, decid
que siempre aconsejaría
que prefiriese encerrarse
en un convento, ó matarse,
á la deshonra!—Salid.

(Al volverse, imponiendo á los jóvenes que se marchen, se encuentran frente al Rey, que se adelanta descubriéndose.)

¡Ah!—El Rey!

REY. Sí; lo soy, señora.
¡El Rey! Más tiempo no callo!
¡Mas para vos soy vasallo
el más rendido! Mirad. (Se postra.)
Á vuestros piés la corona
depongo con mi grandeza,
que á los piés de la belleza
se inclina la majestad!

ETHELG. Alzad.—Dios mio!—Es posible?
¡Á mis piés!

REY. Sí.—Yo te adoro!
De amores rico tesoro
quiero, hermosa, que me des!

ETHELG. Amor que causa sonrojos,
no es amor, señor, es mengua,
es afrenta...

REY. Ten la lengua,
ó he de morir á tus piés!

ETHELG. Alzad, señor, os lo ruego!
No soy ingrata, lo juro,
mas de mi virtud el muro
imposible es de escalar.
Tal amor es mancha eterna.
El único bien que al cielo
le debo, con noble anhelo
puro lo he de conservar.
¿Qué es sin el honor la vida?
Sólo un espejo empañado:
rosa sin olor, manchado
lienzo sin luz ni color.
¡Si la honra en la existencia,
es faro que alumbra y guía!
Es consuelo! Es alegría!
Es la esencia del amor?
Vos sois un rey poderoso,
yo una infeliz criatura:
vos tan grande, yo en la oscura
clase en que nacida soy...
¿Cómo igualarnos podremos?
¡En la virtud solamente!
Olvidadme: sed clemente
y os bendeciré desde hoy.

REY. El amor que es como el mio,
violento, ardiente, inflamado,
no siempre marcha guiado
por la luz de la razon;
conveniencias atropella,
voluntades avasalla,
y aprisiona en fuerte malla
el amante corazon.
¿Piensas que es capricho vano,
hermosa, el que á tí me guía?
¡Mal me juzgas! La armonía
del concierto universal,
la luz vivificadora
del astro esplendente y bello;
la flor que dobla su cuello
al rocío matinal,
la sangre que en las arterias
se derrama poderosa

y vuelve, y jamás reposa
dándonos vida y calor,
no son más que obra imperfecta
del Dios sumo, omnipotente,
comparadas al ardiente
impulso que dió á mi amor!
Tal amor es un tormento
que minará mi existencia
si no miras con clemencia
al que es infeliz por tí!
Yo pensaba que al hablarte
esta ansiedad calmaría
el despecho, al verte fria,
la dicha, al oirte un sí!
Mas te contemplo, Ethelgiva,
tan admirable, tan bella,
que encadenada mi estrella
con mi albedrío aquí está:
seré feliz si tú quieres;
hazme si no desgraciado;
á tí me encadena el hado,
¡mi vida en tu vida va!

ETHELG. (Confusa.) ¡Señor!

REY. (Á Editha.) Ven tú, niña hermosa,
sé testigo de mis penas,
y en esas horas serenas
en que felices aquí
hableis de vuestros amores,
esperanzas y alegrías,
si le recuerdas las mias
seré muy feliz por tí.

EDITHA. Señor, me dejas atónita
sin saber si es esto un sueño.
Tú de la Inglaterra dueño,
tú que nos ves á tus piés,
fijas en ella tus ojos,
(Señalando á Ethelgiva.)
¡y en esta casa te veo?
Apenas que eres tú creo;
dudo si es *ella* quien es.
¿Qué hay de comun, me pregunto,
entre la humilde violeta,

que se recata discreta
y oculta la dulce faz,
con la palmera gigante
que extiende sus ricas hojas
solicitando las rojas
caricias de un sol fugaz?
¿Qué la tortolilla amante
que tristemente gorjea,
con el ruiseñor que orea
sus plumas al arrebol
de la aurora, dando al viento
trinos llenos de armonía,
cuando la noche sombría
da paso á la luz del sol?
¿Cómo compararse puede
el arroyo que murmura
con voz argentina y pura
en las guijas al pasar,
con el mar que ruge airado
y sacude rudamente
la triste nave, inclemente
hasta hacerla zozobrar!
Tú eres la rica palmera,
ruiseñor, cantor divino.
Eres mar que del destino
dispone del pueblo inglés!
Ella la violeta humilde,
la tortolilla amorosa
que dá quejas afanosa;
ella el arroyuelo es!
—Señor, guarda tu grandeza,
déjala que amor esquive;
la que trabajando vive
no halla mejor galardon
que gozar tranquilamente
de la paz de la existencia;
el amor es cruda ciencia,
no siempre en estimacion!
—Que la palmera no agoste
á la pobre florecilla;
si la tórtola se humilla
despréciela el ruiseñor.

Que el mar á engrosar no aspire
sus grandes ondas saladas
con las dulces y calladas
del arroyuelo, señor!

REY. Y cuando siento en mi pecho
un afecto inmenso, ardiente,
¿esperais que necio intente
ante vosotras ceder?
—¡Eso es delirio!... Hoy suplico.
Mañana... No, no, estoy loco!
—No tengas mi amor en poco!
—¡Yo soy Rey!

ETHELG. (Con dignidad.) ¡Yo soy mujer!
Si á vos, señor, soberano
os hace vuestra valía,
ved que mi soberanía
está en mi debilidad.
Y más aún. No os asombre!
—En mi púdica corona,
que al bueno nunca abandona
la Divina Majestad!
—¡Ah, señor! Si esas palabras
otro hombre me las dijera
que vos, que mi Rey no fuera,
(Reponiéndose.)
el desprecio y el desdén
ya le hubieran confundido
con su fantástica tema,
por más que régia diadema
ornara, señor, su sien!

REY. ¿Qué vale régia diadema,
ni potestad soberana,
si mi voluntad no allana
de la vida el negro afán?
¿Me amarás? (Con pasion.)

ETHELG. (Con firmeza.) Nunca. (Yo muero.)

EDITHA. (Ap. á Ethelgiva.) (Desafiarle es imprudente.)

CORK. (Al Rey.) (Repórtate. Viene gente.)

REY. Arde en mi frente un volcán.

ESCENA III.

DICHOS, ALFERO.

ALFERO. ¿Qué veo?
CORK. ¿Quién es?
EDITHA. ¡Alfero!
ETHELG. Hermano, ven.
ALFERO. ¿En mi casa
dos nobles?
CORK. Aquí venimos
en tu busca!
ALFERO. (Irónico.) Cosa extraña!
Á las horas del trabajo
solas las mujeres se hallan,
y el que al artesano busca
suele encontrar... la artesana.
CORK. Suspicaz es el mancebo!
ALFERO. Cuidadoso de mi fama
soy.
CORK. ¡Por demas! Que tu honra
aquí no está amenazada.
ALFERO. Y aunque lo estuviera, juro
que yo sabría guardarla.
Somos pobres, lo confieso,
que la pobreza no infama;
mas con mi trabajo gano
lo que á mi familia basta,
y guardaré de mi padre
la noble y honrada máxima.
«Por tres cosas debe un hombre
dar la vida sin tardanza
si es preciso; por su honra,
por su rey y por su patria.»
CORK. Eres leal!
REY. (Ap.) (Es valiente
y noble!)
ALFERO. Aquí con mi hermana
y mi mujer os encuentro.
¿Qué quereis?—Porque ya tarda
vuestra lengua en pronunciarlo

y en brillar al sol mi daga.

CORK. Sabido es que en Inglaterra
nadie en cincelar te iguala.
—El Rey necesita alguno
que le cuide de sus armas,
y para ver si es exacto
lo que en tí cuenta la fama,
te encarga por mi conducto
una riquísima espada,
cuya régia empuñadura
tú has de cincelar.

ALFERO. ¡Oh! Gracias.
—Dios os proteja, señores,
mi dicha será extremada
si consigo complacer
á nuestro amado Monarca.

CORK. Toma este bolsillo, Alfero,
(Dándole un bolsillo.)
remédiate y en tu casa
reine el bienestar, que el Rey
hoy de protegerte trata.
—Si quieres verme, en palacio
el conde de Cork te aguarda.

EDITHA. (Ap.) (Va á sospechar otra vez.)

ETHELG. (Con firmeza.) Señor, no valemos nada
para que fige en nosotros
su proteccion el Monarca.
Hasta aquí el cielo nos sirve
protector; no nos espanta
la miseria, don del cielo,
quizá nos es necesaria,
que hay veces que la riqueza
la noble virtud quebranta!
—Si á pedirte me atreviera
la concesion de una gracia,
sin vacilar pediría
que no le dijeses nada
al Rey en favor de Alfero,
ni honráseis más esta casa!

ALFERO. La prudencia es la que dicta
de Ethelgiva las palabras.
—Señor, nos honras, más quiero

repetirte de mi hermana
las frases: toma, señor,
este bolsillo; ya es harta
mi ganancia, en un trabajo
asíduo, cumpliré...

CORK. Basta.
—Cumple mi encargo.—Te espero
en el palacio mañana.

ALFERO. Obedeceré.—Vosotras
retiraos á vuestra estancia.

CORK. Que Dios os guarde. (Despidiéndose.)

ALFERO. (Acompañándolos.) ¡Señores!
Él vaya en vuestra compaña.

CORK. ¡No te olvides!

ALFERO. No me olvido.

CORK. ¡Riquísima!

ALFERO. Será alhaja
digna del Rey.

ESCENA IV.

DICHOS, ATHELSTAN.

Al salir el Rey y Cork se encuentran frente á frente con Athelstan que entra. Éste hace un movimiento de sorpresa al reconocer al Rey, que procura cubrirse con la capucha.

CORK. (Ap.) (¡Athelstán!)

REY. (Id.) (¡Aquí!)

ATHELS. (Id.) (¡Él!)

REY. (Id. saliendo.) ¡Voto á mi alma!

ESCENA V.

ATHELSTAN, ALFERO.

ATHELS. Tú sabes quien son, Alfero?
(Señalando la puerta por donde salieron.)

ALFERO. Nobles de la córte son.

ATHELS. ¿Venían?...

ALFERO. Con ocasion
de cierto apresto guerrero.

—Siéntate, señor, aquí,
que vienes á honrar mi casa
trayendo dicha sin tasa
para ella y para mí.

ATHELS. Con mi amistad galardono
la lealtad acrisolada
de tu padre, que su espada
prodigios hizo en mi abono.

ALFERO. ¡Pobre padre!

ATHELS. Él me salvó
la vida, deuda sagrada!

ALFERO. Señor, no nos debes nada;
si ocasion tuviera yo
de acreditarme de fiel
y cerca de tí estuviera
mi pecho para tí fuera
impenetrable broquel.

ATHELS. ¡Gracias, Alfero!

ALFERO. Á mi hermana
permíteme que dé aviso
de que estás aquí. (Va á salir.)

ATHELS. (Deteniéndole.) Es preciso
que hablemos solos: lejana
está bien, que á tí me guía
un asunto de interés.
Ya comprenderás despues
si es justa ó no mi porfía. (Se sienta.)
¿Conoces al Rey?

ALFERO. Señor,
tan solo una vez le ví.
Para el trabajo nací
y vivo para el amor.

ATHELS. ¿Para el amor?

ALFERO. Con mi hermana
comparte aquí mi cariño
mi prima á quien desde niño
adoro! Quizá mañana
si la suerte me es propicia
será mia. Unido á ella
brillará cual sol mi estrella!

ATHELS. Favorecerte es justicia!
Cuenta conmigo.

ALFERO. Si es cierto
lo que acaban de ofrecerme
esos nobles, he de verme
pronto feliz.

ATHELS. ¿Cómo?

ALFERO. Advierto
vuestro asombro;—tal fué el mio.
—Me mandan ir á palacio.
—Iré. No seré rehacio.
Complaceré al Rey. Lo fio.

ATHELS. (Ap.) (Nada sospecha.)

ALFERO. Esmerada
obra le he de presentar.

ATHELS. ¿Cuál?

ALFERO. Me mandan cincelar
un rico puño de espada.

ATHELS. (No pudiendo contenerse.)
Vil pretexto de Ethelredo.

ALFERO. ¿Cómo? (Asombrado.)

ATHELS. Quizá no es tan leve
el motivo que le mueve...

ALFERO. ¡Esa duda me dá miedo!
Explícate.

ATHELS. Sí.—Educado
por su madre en dependencia
absoluta, está á la ciencia
de fingir muy avezado!
—De su madre los antojos
del gobierno le privaron,
su voluntad doblegaron
y ante ella vivió de hinojos.
Mas hoy que libre del yugo
se vé en que gemía opreso,
triunfando el capricho ileso
se hace su propio verdugo.
Sin valor, indiferente,
débil es en el gobierno,
y arde en su pecho un infierno
si algo se niega á su ardiente
deseo. Á su voluntad
quiere que nada resista;
impone, lucha, conquista,

finge si hay necesidad.

ALFERO. ¿Y tal le juzgais?

ATHELS. Sí, Alfero.
Es mi sangre, y á mi lado
toda su vida ha pasado.
Me respeta y yo le quiero.
—Desde que murió su madre
el peso de los negocios
descarga en mí; mas sus ocios
(por más que á mí no me cuadre)
suyos son, y mi consejo
no escucha; sabe que es Rey!
¡Que aquí su capricho es ley!
Él es jóven; yo soy viejo! (Transicion.)
—Mujeres jóvenes, bellas,
hay en tu casa, y...

ALFERO. ¡Callad!

ATHELS. (Levantándose.) ¡Alfero!

ALFERO. ¡Oh Dios! Perdonad!
pero sospechar de ellas!...

ATHELS. ¡De ellas! No.—Del soberano
sospecho; no te lo niego,
pues aprecio tu sosiego
más que interés cortesano!
—En palacio se murmura:
el cambio del Rey se nota;
se inquiere la causa ignota;
se observa, se conjetura,
y al fin han dado en decir
que el Rey bajo tus ventanas
viene todas las mañanas
cuando comienza á lucir
el sol; la hermosa Ethelgiva
dicen que lo tiene ciego
y que resiste á su ruego
aunque desolada viva.
—Calma! Yo te lo prevengo;
tú tus precauciones toma,
y piensa que la paloma
del milano á librar vengo!

ALFERO. Por Dios que si yo supiera
que ella alentaba ese amor,

víctima de mi furor
ante mis plantas cayera!
Y si supiera que el Rey
atentaba á la honra mia,
sin temor le mataría,
que no me espanta su grey.

ATHELS. ¡Calma!

ALFERO. ¡Qué dices? Locura!
¡Calma, y en ira me abraso!

ATHELS. Sé prudente! En este caso
callar y observar procura!

ALFERO. ¡Observar! Vana quimera!
ella es honrada, y aquí
él no vendrá.

ATHELS. ¿Estás en tí?
—Ya vino!

ALFERO. ¿El Rey?

ATHELS. El Rey era.

ALFERO. ¡El Rey!

ATHELS. Sí. Con su privado.
Él en su intento no ceja!
¡Ay de ella, si oye su queja
ó si se abandona al hado!
Cumple con tu honor, que es oro,
cual con el deber cumplí
de amistad.—Adios.—En mi
fía.—Guarda tu tesoro. (Váse.)

ESCENA VI.

ALFERO solo.

¿Qué escuché? No es ilusion?
¡El Rey en casa con ella!
—Estaban de acuerdo. ¡Infames!
¡Oh! me vengaré! aunque sepa
morir, moriré vengado!
—¿Y de Editha en la presencia
osan?—No es posible, no,
que Editha lo consintiera!
—¿Y por qué he de sospechar
de mi hermana? Tal sospecha

la ofende y me ofende. ¡Ay triste!
—Mas si un Rey desciende á esta
pobre morada, de fijo
hay quien su amor alimenta!
—Duda cruel!—No, imposible!
Ella ignoraba quién era!
el duque la defendía!
—Es inocente! La afrenta
no cuadra á su vida pura,
á su angelical conciencia!
—Él la persigue; no hay duda...
Y aunque ella resista... Ella
debe morir, que mi padre
dijo: «La honra, la primera.»
—¡Es mi hermana! Es sangre mia.
—Sí. Pero debo verterla,
que á enfermedades de honor
la medicina es sangrienta!
Es la mujer frágil vaso
brillante, mas que se quiebra
ó empaña con el aliento...
Pues si ha de quebrarse, sea
al contacto de la honra,
no al choque de la vileza!
Ethelgiva, Editha! (Llamando.)

ESCENA VII.

DICHO, ETHELGIVA, EDITHA.

ETHELG. ¡Hermano!
EDITHA. ¿Qué sucede?
ALFERO. Venid.—Cerca
de mí las dos.
(Coge á cada una de una mano y las mira alternativa y fijamente.)
¡Bien! Miradme.
EDITHA. ¿Qué tienes?
ALFERO. ¿Cómo en mi ausencia
á esos nobles recibísteis?
EDITHA. Por tí preguntaron!
ALFERO. ¿Esa

fué la causa?—No sabíais
quiénes esos nobles eran?

EDITHA. Yo no.

ALFERO. (Á Ethelgiva.) Y tú!—Contesta, hermana;
¿por qué el rubor colorea
tus mejillas, que de nieve
há poco estaban cubiertas?
Habla. Dí. ¿Los conocías?

ETHELG. No sé mentir: fuera mengua
en mí ocultar la verdad.
Sé quién son.

ALFERO. (Furioso.) Lo sabes... ¡Hierra
hoy tu labio al confesarlo,
si al par confiesas mi afrenta!
¿Era el Rey?

ETHELG. ¡Sí!

ALFERO. ¿Á qué venía?

EDITHA. (Ap.) (¡Vírgen santa! Tú nos presta
tu gracia divina!)

ETHELG. ¡Á hablarme
de amores!

ALFERO. (Frenético.) ¡Infame lengua!
¡Calla!
(Desenvaina el puñal para herir á Ethelgiva. Ésta cae arrodillada. Editha se interpone y detiene el brazo de Alfero.)

EDITHA. ¡Tente!

ETHELG. ¡Hiere, hermano!

EDITHA. (Á Alfero.) Ella es noble, pura, honesta.

ALFERO. Deja que su liviandad
corte al fin con su existencia.
(Á Editha luchando por desasirse.)

ETHELG. Déjale, prima: la muerte
es mi esperanza suprema.
(Arrodillada, tristemente á Editha. Cae rápidamente el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran salon en el palacio de Lóndres; á la izquierda la puerta de entrada.—El fondo es una gran arcada que comunica en toda su extension con un terrado que da sobre el rio. Arcos de piedra, sostenidos por columnas, terminan el terrado al fondo, dejando ver á lo lejos torres y edificios. Al pie de cada columna plantas y flores que suben enredándose en ellas. Entre columna y columna bancos de piedra que llegan hasta la mitad de la balaustrada, tambien de piedra, que termina el terrado al fondo.—En primer término, en la escena, gran escaño con dosel. Mesa, escaños, etc. Todo de la época.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, CORK.

REY. Qué dices, Cork?
CORK. Lo que cuenta
Cedrik, tu fiel ballestero!
REY. Y eso es posible?...
CORK. Por Dios!
—Vaya si lo es!
REY. ¡Y huyeron?...
CORK. Qué otra cosa hacer podían?
REY. Á un hombre solo!—¿Estás cierto?
CORK. Un hombre vale por diez

si la ira inflama su pecho.

REY. No iban ocho?

CORK. Sí señor:
mas pienso que contra ciento
luchando á brazo partido
hubiera vencido Alfero.

REY. Si saben que hasta las nueve
á casa no vuelve, tiempo
no tenían de haber dado
ántes el golpe?...

CORK. Quisieron
hacerlo en ausencia suya.
—Que estaban solas creyendo,
llegaron hasta la estancia
con precaucion y denuedo
Cedrik, y uno de los suyos,
teniendo á los demás dentro
yá de la casa.—Á la puerta
del cuarto donde está el lecho
de Ethelgiva, se encontraron
velando cual cancerbero
al hermano, que se puso
ante su paso resuelto:
en una mano la espada
en la otra la daga; ardiendo
en indignacion y enojo,
contra ellos cargó: los nuestros
lucharon como leones,
y al salir del aposento,
en él quedó revolcándose
en su sangre el compañero
de Cedrik.—Todos ya fuera
auxilio á su jefe dieron,
mas el rumor de las armas
turbaba el reposo y sueño
en la calle, y los vecinos
abandonando sus lechos,
salían á las ventanas!
—Entónces fué cuando huyendo
por evitar más escándalo,
hasta palacio vinieron!

REY. Conque todo ha sido en vano?...

CORK. En vano!
REY. Conque no hay medio
de vencer su resistencia?
de salir con mi deseo?...
Ni las dádivas la rinden;
ni el orgullo arde en su pecho;
ni promesas la enternecen;
ni consigo sorprenderlos.
—Y hace un año, y todavía,
el Rey no logró su intento!
CORK. Renunciar á ella es mejor!
REY. Renunciar! Qué estás diciendo!
Ceder! Qué es ceder? Ni un punto!
No conoces á Ethelredo!
Es hermosa... y se resiste?...
Eso aumenta mi deseo!
Aunque se opongan el trono,
el mundo, la tierra, el cielo,
será mia!
CORK. Pues si á todo
estás, señor, ya resuelto...
Con motivo de la muerte
de anoche, que venga Alfero
preso á palacio. Así sola
queda su hermana, y podemos
arrancarla de la casa
donde la protege, es cierto,
la que hace un mes es esposa
del atrevido mancebo.
Mas la proteccion de Editha
no la salva de...
REY. Luchemos
para triunfar! (Se sienta, escribe y sella.)
—Vé! Apresúrate:
órden de prision. (Se la da.) Te debo
más que la vida. Tu amigo
seré. Colma mis deseos.
(Váse Cork llevando el pergamino.)

ESCENA II.

EL REY, solo.

Llegó el anhelado instante;
mía será! Dios del cielo!
¿por qué ceñiste á mi frente
esta corona que ostento,
y que me oprime y me pesa
como si fuera de hierro?
Guirnalda de frescas flores,
de jazmin y mirto y heno,
entretejida por ella...
gozar placeres sin cuento...
Ver en su hermoso semblante
retratarse mi amor ciego,
y que reflejen mi imágen
sus claros ojos serenos;
y de sus purpúreos labios
un angelical «te quiero!»
y en su perfumada boca
aspirar el dulce beso!...
Esa es la vida!... ¿Qué valen
el fausto, la gloria, el reino,
comparados á la dicha
de un corazon que oye el eco
de sus latidos, sonar
de la que adora en el seno!
—«Presente me hiciste, madre,
»de una corona, y advierto
»que con agudas espinas
»destroza mi sien: funesto
»es mi destino: cercado
»por todas partes de riesgos,
»ni la ambicion me dá fuerzas
»para luchar, ni comprendo
»la felicidad que encierra
»gozar el mando supremo,
»si con él no satisfago
»cuanto abarca mi deseo!

ESCENA III.

DICHO, un UJIER.

UJIER. Señor, el duque Athelstan...
REY. (Ap.) (Poder y trono maldigo!...)
UJIER. Y los nobles de la cámara
piden para entrar permiso.
REY. Vengan! (Se sienta. Váse el Ujier.)

ESCENA IV.

REY, ATHELSTAN, SIRICO, NOBLES, PRELADOS.

UN NOB. Señor! (Se inclina.)
ATHELS. (Id.) Ethelredo!
Mi augusto y noble sobrino!
REY. Toma asiento.
(Se sientan Athelstan y Sirico, los demas permanecen en pie.)
UN NOB. (Inclinándose.) Ante tus plantas...
REY. Alzad. (Á los Nobles postrados.)
SIRICO. Señor!
REY. Padre!
ATHELS. (Sentándose.) Admito
tal honra, y atentamente
que escuches, Rey, te suplico.
Pues la ventura del reino
y del reino los destinos
hoy mueven aquí mis labios,
de tu atencion necesito!
—Hace once años, señor,
volvió el danés á invadirnos
el reino, que libre estuvo
de su furor más de un siglo,
gracias al valor de Alfredo
el Grande, el noble, el invicto,
que los venciera en Ethamdum
echándolos del dominio
inglés; y como hace once años
eras, señor, casi niño,

y gobernaba tu madre
con Dunstan, el arzobispo
de Canterbury, primado
de Inglaterra, éste no quiso
en su virtud evangélica
tratarlos cual enemigos,
sino que imitando á Cárlos
de Francia, monarca tímido,
que á los normandos pagára
rescate, lo mismo hizo.
Diez y seis mil libras fueron
el tributo, que exigido
por ménos de diez mil hombres
pagó. (Vergüenza es decirlo!)
Rescate de la nacion
inglesa!...

SIRICO. Pero advertido,
considera cuánta sangre
dejó de correr; no altivo
pienses en lo que llamaste
ignominia; en los martirios
que se evitaron las madres
piensa; en el amargo rio
de lágrimas...

ATHELS. Si esas miras
hubiera Alfredo tenido,
ni él fuera un valiente, un héroe,
ni un gran rey, señor Obispo.

SIRICO. Dios aconseja la paz!

ATHELS. Paz tuvo el Saxon magnífico
que escribió en su testamento
sello de su ingenio ínclito,
«El inglés debe ser libre
cual su pensamiento mismo!»

SIRICO. Pero despues del estrago
de la guerra!

ATHELS. «Cuando altivo
»ciñera de la victoria
»el laurel; cuando atrevido
»consiguiera de Godrun
»que recibiese el bautismo
»con treinta ó más de los suyos!

—»Así grandes nos hicimos!

SIRICO. »Grandes! Pero á cuánta costa!
—»La paz alimenta el rio
»de la riqueza! El trabajo
»ennoblece al hombre activo.

ATHELS. »Pues trabajando en el campo
»de batalla, conseguimos
»ser nacion y poderosa
»con Egberto el Grande.—Él mismo
»luchó en Ellendum, y uniéndola
»toda bajo su dominio,
»de la heptarchía hizo un reino
»que sujetó á su albedrío!
»El ceñía las coronas
»de Wessex y Sussex, hizo
»tributarios al Northumbrio
»y la Stanglia; fué rendido
»Essex; sometió la Mercia;
»el Kent su conquista vino
»á ser, y así de Inglaterra
»entera rey...»

SIRICO. Fué preciso
luchar entónces, más hoy...

ATHELS. Hoy el danés atrevido
en conquistar la Inglaterra
sueña!

REY. Cómo! Dices?...

ATHELS. Digo
que hoy, señor, y por desgracia
dá fruto el error antiguo!
—Hoy desembarca «en Southanpton
»de nuevo» el danés. «Justino
»y Gurthmundo, se apoderan
»de Ipswich.»

REY. No es posible!

AAHELS. Aviso
cierto me dá un mensajero
que de la plaza ha salido
despues de haber presenciado
la muerte del buen Alfriso
su gobernador.

REY. Entónces...

ATHELS. Entónces, señor, es lícito
pensar que si prontamente
no damos potente auxilio
á los leales, en breve
llegarán á Lóndres mismo!
—Los invasores encuentran
en la Gran Bretaña asilo
y brazos que están abiertos
dispuestos á recibirlos!
—En las provincias del Norte,
en las del Este y lo mismo
en el Sur, de Escandinavos
hay un número infinito:
ellos, señor, los reciben
más como hermanos que amigos.
—«En el glorioso pasado
»fija la mente y el juicio!
»Eso hicieron nuestros padres;
»muestra que somos sus hijos!»
—Qué debe hacerse?—Disponga
tu alteza.

REY. Sí, sí.—Es preciso
marchar contra ellos...

SIRICO. Señor,
¿qué dices?

REY. (Al obispo.) Habla, Sirico.
Eres del Anglia primado,
y eres de Durham obispo.
Habla!

SIRICO. Soy, señor, tambien
del Dios de la paz ministro!
—El oro, en lugar del hierro
debe dar fin...

ATHELS. (Levantándose.) No en mi oido
resuenen esas palabras!
Es la ignominia! El ludibrio
nos haremos de las gentes!

SIRICO. Señor!... (Al Rey.)

ATHELS. (Id.) Señor!...

REY. (Levantándose.) Basta!—Tio,
graves asuntos me llaman.
Convoca con el obispo

el consejo.—En cuanto á mí
lo que él decida, decido.
(Todos excepto Athelstan, saludan profundamente y se van. Athelstan se queda.)

ESCENA V.

REY, ATHELSTAN.

ATHELS. Perdon, señor, un momento!
REY. De soledad necesito. (Impaciente.)
ATHELS. Me iré; más quiero que ántes
pienses en cuanto aquí he dicho!
REY. Ya decidiremos todos
lo que debe hacerse; fío
en el consejo.
ATHELS. El consejo
no es, Ethelredo, benigno
á la opinion de los nobles.
El clero tiene allí sitio
sobrado, y logra imponerse
á la aristocracia: ínfimo
es nuestro número; estamos
separados, divididos
en opiniones diversas,
en intereses distintos.
Los thanes ven con despecho
que desde Dunstan obispos
son siempre los consejeros
del soberano.
REY. Excesivo
es para mí el grave peso
del poder. Yo necesito
disfrutar de paz!
ATHELS. Mas hoy!...
REY. Hoy?—Sé rey en lugar mio!
ATHELS. (Solemne.) Ah, señor! Guarda memoria
de la prediccion que hizo,
cuando tu consagracion,
Dunstan!
REY. (Impaciente.) Basta, basta!—Ansío
quedarme solo!

ATHELS. (Firme aunque respetuoso.) Perdona,
Ethelredo! mas son críticos
los momentos.—Los Daneses
destruyen el reino: auxilios
necesitamos, y es fuerza
procurarlos, conseguirlos!
A donde vuelvas los ojos
tendrás aliados dignos
de tí, si das con tu mano
asiento en el sólio mismo
á una princesa que traiga
oro y poder.—El destino
hoy para tí, ¡oh Rey! se muestra
dichosamente propicio.
—Emma, hermana de Ricardo
de Normandía, ese auxilio
procurarnos puede. El duque
la tiene inmenso cariño.
Es hermosa como un ángel;
tanto que el pueblo apellido
de «la Flor de Normandía»
la da.—Ricardo, benigno
mira esta union, que asegura
para su hermana el dominio
de Inglaterra, y para tí
paz y amor y poderío!
—Qué respondes?

REY. Que no pienso
sacrificarme á ese mito
que llamas «razon de estado»
casándome, y mi designio
no es con Emma contraer
tan sagrado compromiso!
—Compraremos del danés
la paz.

ATHELS. (Furioso.) Y por amoríos
indignos de nuestra raza?...

REY. Oh! Qué dices?—Por Dios vivo!!
(Echa mano á la espada; despues se contiene.)
—Si el cariño y los desvelos
que te debo desde niño
ante mis ojos ahora

no hubieran aparecido,
juro por Dios trino y uno
ya no eras entre los vivos!
(Envaina violentamente la espada.)

ATHELS. (Con pena) Tu gloria es mi sólo anhelo.
Desvanecerse la miro,
y el tormento del infierno
siento en el alma!

REY. (Friamente.) De niño
te respetaba: hoy te quiero.
Mas de mi gloria y destino
yo dispondré!

ATHELS. (Inclinándose.) Dios te guarde!

REY. Él te acompañe, buen tio! (Váse Athelstan.)

ESCENA VI.

REY solo.

Emma?—No.—Sin alegría
me tienen corona y trono...
—Sólo amor es en su abono.
Ethelgiva ha de ser mia!
Me irrita su resistencia
y su virtud me enamora,
por bella el alma la adora;
mas juro que por violencia
ó por amor en aqueste
empeño nunca cejára,
aunque el trono me costára,
aunque la vida me cueste!

ESCENA VII.

DICHO, CORK.

CORK. Señor?

REY. Y bien?...

CORK. El mandato
de tu alteza, ya cumplido
quedó.

REY. Y Alfero? Ha venido?

CORK. Hace brevísimo rato.
REY. Y no opuso resistencia?
CORK. Cuando la órden leyó
pálido se descubrió,
y sin la menor violencia
dijo: «Una órden del Rey
es un mandato de Dios;
rogad al cielo las dos,
yo acato la régia ley!»
—Despues abrazó á su esposa
y á su hermana, que lloraban
acongojadas y daban
quejas...
REY. Triunfó mi amorosa
porfía.—Solas están!
CORK. Al salir, mudo, altanero,
entregó su limpio acero
de la guardia al capitan.
Así llegó hasta palacio,
donde se halla detenido.

ESCENA VIII.

DICHOS, el UJIER.

UJIER. Dos mujeres han venido
que piden sin más espacio
hablar á tu alteza ahora.
CORK. (Que está mirando por la puerta.)
Señor, las veo... ellas son!
REY. Quién?
CORK. Las dos!
REY. Buena ocasion,
si consigo sin demora
separarlas! (Á Cork.) Corre, amigo,
introdúcelas aquí. (Vánse Cork y el Ujier.)
—Si el perdon me vale un sí,
mil dichas de amor consigo!

ESCENA IX.

DICHO, ETHELGIVA, EDITHA, CORK.

EDITHA. Perdon! (Arrodillándose.)
ETHELG. (Id.) Perdon!
REY. (Levantándolas.) ¡Á mis piés,
quién es del alma señora?
ETHELG. Señor, no se trata ahora...
REY. ¿De mi amor?—Siempre!—Ya ves
por ser á tu rey traidora,
á dónde nos lleva, ingrata,
tu obstinacion.—Un tirano
hace de mí que arrebata
vuestra calma.—De tu hermano
un asesino.
ETHELG. (Con dignidad y calor.) El que mata
frente á frente y con razon
á quien profana su casa,
por asesino no pasa
ante Dios ni la opinion,
(que pone á la maldad tasa!)
—Una vez, señor, mi hermano
en su casa te encontró...
con aliento sobrehumano
las leyes de honor siguió
y alzó sobre mí la mano
en que una daga esgrimía.
(Por Editha.) Amor fraterno alejó
el golpe de mí, mas yo
contenta le recibía,
pues nunca se me ocultó,
que si mi sangre corriera
entónces por dicha rara,
ni hoy mi hermano peligrara,
ni anoche un hombre muriera,
ni mi pié tu casa hollara!...
—Mas ¡ay! no es mi intento ya
el defenderle; señor,
devuélvele á nuestro amor,
pues en tu poder está!

EDITHA. Dá fin á tanto dolor!
REY. (Á Ethelgiva.) Lo quieres?...
ETHELG. Puedes dudarlo?
REY. (Á Editha.) Vé, Editha, tu esposo á ver.
(Ap.) (Ya la tengo en mi poder!)
(Alto á Editha.) Toma mi anillo. (Se lo da.)
Salvarlo
sólo tú puedes, mujer! (Á Ethelgiva.)
ETHELG. Gracias! (Con efusion.)
EDITHA. (Id.) Señor! Te bendigo!
REY. (Á Editha.) Parte!—Cork será tu guía..
EDITHA. (Sale precipitadamente seguida de Cork.) Voy...
ETHELG. Vamos... (Queriendo seguirlos.)
REY. (Se interpone deteniéndola.) Tú no, alma mia!
Queda un instante conmigo,
que hablarte mi amor ansía!

ESCENA X.

ETHELGIVA, el REY.

ETHELG. Señor, en nombre de Dios!...
Seguir á mi hermana intento!...
(El mismo juego.)
REY. Sí, despues... Mas un momento
hablemos solos los dos!...
ETHELG. (Con fé: al cielo.) Dios mio! Contigo cuento!
(El Rey la hace sentarse en el gran escaño y se sienta cerca de ella.)
REY. Ven á mi lado, Ethelgiva...
Mírame una vez... así!
—No soy tu Rey: solo aquí
eres reina tú!—No esquiva
me rechaces ¡ay de mí!
—¿Ves esa fértil campiña
rica en frutos, y las flores
que con variados colores
parece que el cielo tiña
propicio á nuestros amores?
Esos frutos, por tu mano
van á dar al indigente
alivio y sustento sano;

las flores, sobre tu frente
ya querrán brillar en vano!
—¿Has visto el mar cuando crece
viniendo á besar tus piés,
y pocas horas despues
va huyendo, y se desvanece,
y es portento, asombro es?
Pues guarda en el seno undoso
perla en su concha escondida,
cual tú, mi perla querida,
hallarás dicha y reposo
en el seno de mi vida!
—¿Ves el firmamento azul
que indefinido se aleja?...
¿Ves cuál tiende su guedeja
nube de flotante tul,
que al viento se agita y ceja?
Tú la bóveda azulada
eres que al amor invita:
yo la nube desdichada
que el lascivo viento agita
del éter enamorada!
—¿Qué anhelas? Dí? Quieres oro?
Quiéres honores? Poder?
—Quiéres mi vida, mujer?...
—Pídemela: yo te adoro!
Dispon de todo mi ser!

ETHELG. (Con dulzura y resolucion.)
Ay señor! La fértil tierra
rica en frutos, y las flores
que orgullosas sus colores
á la falda de la sierra
ostentan brindando amores,
pierden su gala y su brío
al beso del huracan:
tal fuera, señor, mi afan,
si humillara mi albedrío
de tu pasion al volcan.
El mar, cristal transparente
que rizan blancas espumas
y que arrullan dulcemente
las ligerísimas brumas

cantando en tono doliente,
ruge desencadenado
y alza montes de cristal
que abisman al desdichado
que en él fia; por mi mal
tal es mi suerte á tu lado!
—En ese azul firmamento
que esmaltan piedras preciosas
donde nubes afanosas
á impulsos del blando viento
se deslizan amorosas,
suele la nube estallar,
y en el azulado campo
ruge el trueno sin cesar,
y brilla el terrible lampo
que puede el mundo incendiar!
—Es en la vida el amor
antorcha de ardiente luz...
Á tí su brillo, señor!
—De la sombra en el capuz
déjame con mi dolor!

REY. ¿Que te deje? Empeño vano!
Has de ser mia!
(Ethelgiva se levanta, el Rey tambien.)
Soy Rey!
Aquí mi capricho es ley!

ETHELG. (Altiva.) Es ley para el cortesano,
no para la libre grey!
Si me pidieses la vida
feliz la sacrificára
por tí; mas es sin medida
el sacrificio...

REY. Repara
en cuanto tu mente olvida!
Riquezas, felicidad,
amor, gloria.

ETHELG. (Con amargura.) Que es vergüenza
en cuanto á brillar comienza
el sol de la eternidad!..
si aun ántes no te avergüenza!
Calla, señor!

REY. Pese á tí!

Tendré del amor la palma,
tú me haces perder la calma.
(Va á cogerla la mano: ella retrocede buscando con los ojos dónde guarecerse: ve la balaustrada del foro y como asaltada de una idea corre á ella, sube haciendo escalon del asiento de piedra, y allí, asida con la mano izquierda á una de las columnas y con el brazo derecho señalando al cielo, dice con ardiente expresion:)

ETHELG. El alma halla vida allí,
y ántes que todo es el alma!
(El Rey, que intentó correr tras ella, se detiene al ver su actitud.)
Un paso más, y el abismo
me dá sus inmensos brazos
y el Támesis su bautismo:
un paso más, y en pedazos
me ves desde aquí tú mismo!

REY. ¡Qué delirio! Así tu vida?...

ETHELG. (Con reconcentrado dolor.)
La vida, señor, es nada
al alma desesperada
que está en lo profundo herida
y de luchar ya cansada!
—Ese abismo me convida
con el eterno reposo
que dá fin al doloroso
desengaño de una vida
de sufrimiento espantoso!

REY. Por mi amor!... (De rodillas.)

ETHELG. Vana quimera!

REY. Por tu hermano!...

ETHELG. Él me comprende
y aprobará que yo muera!

REY. Por tí!...

ETHELG. Mi alma al cielo asciende!

REY. Por Dios!...

ETHELG. Por Dios!!—En la esfera
divina en que rige al mundo
Él los corazones vé!
—Que á sí me llamara sé,
desde ese abismo profundo

y entónces feliz seré.

REY. Por Dios!

ETHELG. Su luz me ilumina!
—Jamás tuya puedo ser!
—¿No quieres mi muerte ver?

REY. (Ap. subyugado.) (Su mirada me fascina!)
(Alto.) ¿Qué exiges de mí, mujer?

ETHELG. Firmada y con sello real
órden dame aquí al momento
mandando que en un convento,
pues no hay dicha terrenal,
busque el celestial contento!

REY. Nunca! (Alzándose.)

ETHELG. (Resuelta.) Adios, sueños de amores
que forjó mi fantasía!
Adios, claridad del dia,
ya renuncio á tus fulgores!
(Al Rey.) Te perdono mi agonía!
Adios!

REY. Ténte! Estás en tí?

ETHELG. Firma!

REY. No puedo! Imposible!

ETHELG. De Dios ó muerta!

REY. Y así
he de perderte? Terrible
resolucion! ¡Ay de mí!
(Ap.) (Muerta! ¿Qué es de la esperanza
que su hermosura alimenta?)
(Con súbita resolucion, va á la mesa, escribe y sella el pergamino con el puño de la daga. Despues va á dárselo.)
(Alto.) Toma! (Ap.) (Triunfaré aunque sienta
deshecha toda bonanza
y naufrague en vil tormenta!)

ETHELG. (Desciende de la balaustrada al asiento de piedra. De pie en él, dice.)
Gracias! Que Dios te bendiga!
—Dáme ese puñal ahora.

REY. Temes?

ETHELG. Temo!

REY. (Dándole la daga.) Ten.
(Ella la toma y baja al proscenio diciendo)

mensa alegría.)

ETHELG. Señora
soy de mi suerte enemiga!
(Ap.) (La dicha mi faz colora!)

REY. Ya la virtud de Ethelgiva
triunfa de mí. En sus caricias
si amor rindiese á la altiva,
me ofrecían mil delicias
del cielo la imágen viva!
Mas desprecia inmenso amor
que torna el mundo en eden,
cual torna el capullo en flor.
—Le causa hastío y desden
mi cariño, mi dolor!
—Cedo! Parte!

ETHELG. (Con gran entusiasmo.) Parto, sí!
—Es la voluntad del cielo!
Mas vé que al lograr mi anhelo
gracias postrada te dí
y llorando sin consuelo!

REY. Lloras? Qué causa ese llanto
si cumplido es tu deseo?

ETHELG. Nada temo ya. Me veo
cual si en el recinto santo
estuviese. En mi Dios creo,
que nunca me abandonó.
Un puñal hoy me asegura.
Mi pobre existencia oscura
á la sombra ya volvió
cual de ella saliera... pura!
Mas de amor en prueba rara
es preciso que sepais,
que si el cielo nos separa,
en el alma os guardo avara,
hoy que del alma me echais!

REY. Es cierto? Me vuelvo loco!

ETHELG. Señor! Indiscreta fuí,
más há tanto tiempo aquí
guardo de mi amor el foco,
que mi secreto vendí!
Y al fin como inmensa llama
que abrasa al que la comprime,

y estallando grita y gime
en el incendio que inflama,
y luz y calor imprime,
así desde el corazon
saltó la chispa á los labios.
Vencida vuestra pasion
ya no hace al honor agravios,
ni agravios á la razon!

REY. Oh! Me amas? ¡Cuánta ventura!
¡Benditos tus labios rojos
que disipan mi amargura!
—Habla! Calma mis enojos!
—¡Bendita tu frente pura!

ETHELG. Mi alma os contemplaba amante
ántes que me viéseis vos:
os amé desde el instante
en que os vi de Dios delante,
que era en la casa de Dios!
Alzando al Rey la mirada
la miserable Ethelgiva
y al verse ¡ay triste! en la nada,
quedó ciega, deslumbrada,
de amor muerta, al dolor viva!
Mas ¡ay! no me deslumbró
el trono, ni la riqueza
que ante mí se desplegó:
sólo os ví á vos: la grandeza
erais vos; el rango no!
Si el dia que os llegué á ver,
señor, os dí el alma mia,
si al veros supe querer,
no os amé desde aquel dia,
fué... desde ántes de nacer.

ESCENA XI.

DICHOS, CORK.

CORK. Señor, Alfero y Editha
hasta aquí osan penetrar.

REY. Déjalos, amigo, entrar.

ESCENA XII.

DICHOS, EDITHA, ALFERO.

ALFERO. (Entrando.)
Ya la tardanza me irrita!
ETHELG. (Al verle corre á él.)
Hermano!
ALFERO. Puedes alzar
la frente?
ETHELG. (Tranquila.) Si en vida estoy
y un hierro en mi mano ves,
puedes dudar?
CORK. (Ap. á Alfero, señalando al Rey.) Á sus piés!...
ALFERO. (Ap. conteniéndose apenas.)
No acierto si vivo voy!
EDITHA. (Ap. al cielo.) Señor, piedad de los tres!
ALFERO. (Arrodillándose.) Aquí nos tienes, señor:
y aquí postrado de hinojos
te pido que sin sonrojos
dés facultad á mi honor
de ostentarse ante tus ojos!
Á uno muerte llegué á dar
por mi hermana y tu deseo,
mas si mancillada veo
mi honra aquí, no ha de faltar
hierro que castigue el feo
delito, no en tí, señor,
que eres nuestro soberano.
En ella sí, por mi mano
abrirá á un tiempo mi honor
su tumba y la de su hermano!
REY. Basta, Alfero. Al escucharte
mi vista en ella clavé,
y tal la ví, que olvidé
quién hablaba, y en qué parte,
y que era yo mismo á fé.
Si el recuerdo me asaltara
de palabras *que no oí*
mis ojos fijando allí (Por Ethelgiva.)
de nuevo te perdonara

el amor que alienta en mí!
(Alfero se alza. El Rey se interpone.)

ETHELG. (Al Rey.) No olvideis vuestra promesa.
—Debo partir!
(Al verla dirigirse á la puerta, el Rey, que es presa de la incertidumbre, dice:)

REY. (Ap.) (Oh momento!
á ella el alma volar siento!...)
(Resuelto.) Ya mi incertidumbre cesa!

ETHELG. En el convento!

REY. El convento?
—Cork!—Busca á mi tio! Vé!

CORK. Señor!...

ETHELG. Qué intentas?

REY. (Á Ethelgiva.) Así
renuncio, bien mio, á tí!

ETHELG. ¿Qué dice?

EDITHA. Oh Dios!

ALFERO. Por mi fé!

ETHELG. (Ap.) ¿Qué es lo que pasa por mí?

REY. (Á Cork.) Haz que entre el pueblo, Athelstán,
cuantos en palacio estén.

EDITHA. (Ap.) (Tiemblo!)

REY. Que venga tambien
el obispo de Durham!

CORK. Ya te obedezco! (Váse.)
(Ethelgiva hace ademan de salir.)

ESCENA XIII.

DICHOS ménos CORK.

REY. Deten
el paso, bella Ethelgiva;
tarde vendiera el secreto
tu dulce labio indiscreto,
y en ello tu gloria estriba!
—¡Tomas á Dios por esposo!
Ese esposo no dá celos
sino amargos desconsuelos
á quien robaste el reposo!
—Hoy te alejas y hoy me caso,

igual es nuestro destino!

ETHELG. ¿Vos?

REY. Yo. Sí.—Tal lo previno
el furor en que me abraso!

ETHELG. (Para sí.) ¿ (Por qué lates con pasion
al perder toda esperanza?
—La virtud el cielo alcanza!
calla... y muere, corazon!)

(El Rey se sienta. Todos se colocan como en la escena IV, Cork de pie cerca del Rey. Alfero, las mujeres y el pueblo al fondo izquierda.)

ESCENA XIV.

DICHOS, ATHELSTAN, CORK, SIRICO, NOBLES, PUEBLO.

REY. Señores, os he llamado
dándoos de mi afecto prueba
por comunicaros nueva
de interés para el Estado.
—No ignorais con cuánto empeño
desde mi más tierna edad,
fué mi amor y mi amistad
más de amigo que de dueño
para mi pueblo: hoy se agita
en el danés la ambicion:
oponer á la invasion
la fuerza se necesita,
y si el Consejo decide
que la paz afiance el oro,
los recursos del tesoro
son del país si los pide.
Mas no bastan: de manera
que con hombres ó dinero
de su pueblo, lisonjero
favor el monarca espera!
—Ahora bien: en la ocasion
de exigirle sacrificios
quiero otorgar beneficios
que le prueben mi afeccion,
y sirvan de pacto estable
entre el trono soberano

y el leal estado llano;
esto es justo, razonable!
—Por dicha libre reposa
mi voluntad y mi fé:
soy libre y hoy tomaré
del pueblo inglés una esposa!
(Movimiento de regocijo en los del pueblo.)
hija de pobre soldado
que el valor ennobleció!...

ATHELS. Señor, permitid que yo...

REY. (Continuando.) Es de virtudes dechado!

ATHELS. No basta!

REY. No basta?—Estriba
en ello mi voluntad!

ATHELS. (Levantándose.) Señor, mi voz escuchad.
—Así vuestra alteza aviva
ambiciones no olvidadas,
peligros no conjurados,
disturbios mal sosegados,
quejas aún mal acalladas!
—Qué dirá el mundo, que os mira,
al veros dar vuestra mano
á la hija de un villano,
á una plebeya?...

REY. (Alzándose furioso.) La ira
mal refreno al escucharos.
Si mis palabras oísteis,
¿cómo presumir pudísteis
cambiar mis intentos claros?
—Es mi voluntad corcel
que al sentir el aguijon
de vana contradiccion
quiere del triunfo el laurel,
y salta la vil barrera
que ante su paso se opone,
aunque sepa que así expone
la vida en mortal carrera!
—Reflexiones escusad!

ATHELS. (Solemne.) De la pasion es juguete
el que débil se somete
á una indigna voluntad!
El ídolo que hoy eleva

rompe en su furia mañana
si otra voluntad liviana
en su vértigo lo lleva!
Mal porvenir!...

REY. (Firme.) Basta, tio!
—Que á todos bien pareciera
mi resolucion quisiera. (Muy firme.)
—Y en que será así confío!
(Á los cortesanos.)
Cork! Ewrads! Ingvar! Eloy!
Id: disponed mil festejos;
renovad usos añejos;
reine la alegría aquí.
(Al Obispo.) Vos, padre mio, volad,
disponed la régia pompa!
—Que en lenguas de bronce, rompa
el silencio en la ciudad
la campana de palacio,
y en grito triunfal contesten
todas sin tardanza y presten
su alegre són al espacio!
—Que de luces á millares
arda el recinto sagrado;
allí á las plantas postrado
del Dios de nuestros altares,
bendecireis nuestra union
preces elevando al cielo,
que me da dicha y consuelo
con la nupcial bendicion!
Y de todos á porfía
plácemes recibiré,
que en ella os presentaré
á vuestra reina y la mia!
—Su nombre os falta saber.
(Señala á Ethelredo.)
Miradla! La más hermosa!
—Ethelgiva es hoy mi esposa!

ETHELG. Yo!...

REY. Tú! (La toma la mano.)

PUEBLO. (Entusiasmado.) Viva el Rey!

ALFERO. (Ap.) (Mi ser
con nuevos temores lucha!)

EDITHA. (Ap.) (Dios de nosotros se apiada!)
CORK. (Ap.) (No estoy en mí!)
SIRICO. (Ap.) (De la nada la saca!)
ATHELS. Señor! Escucha!
ETHELG. (Ap.) (Su esposa!—Casi no puedo dar fé!...: ¿No sueño?... ¡Es verdad?... —Oh! Gracias, Dios de bondad! —Mas... Tanta dicha da miedo!)
ATHELS. (Al Rey.) Odio á los nobles inspira tal union!
(Señalando á los Nobles, que permanecen mudos y frios.)
¿Ves lo que digo?
UNO DEL PUEBLO.
¡Viva Ethelredo!
OTRO. ¡El amigo del pueblo!
REY. (Á Athelstan, señalando al pueblo, que entusiasmado victorea y tira al aire gorras y sombreros. Aclamaciones responden desde fucra.)
¡Y el pueblo?—¡Mira!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en el palacio real de Lóndres. Á la derecha del actor, en primer término, una gran ventana. En segundo, puerta que se supone da salida al exterior. Á la izquierda, en primer término, puerta de la cámara de Ethelgiva. En segundo, un gran armario de roble tallado. Al fondo tres grandes ventanas con vidrios, que abiertas dejan ver en toda su extension una galería de palacio practicable de un extremo á otro del teatro, y cuyo piso está al nivel del alfeizar de las ventanas. Mesa con gran sillon de dosel. Ethelgiva, sentada en el sillon, con un libro de horas en la mano. No lee, y su cabeza está apoyada en el respaldo del sillon con aire profundamente abatido. Editha, de pie, cerca de ella.

ESCENA PRIMERA.

ETHELGIVA, EDITHA.

EDITHA. ¿Qué negro pesar te acosa?
ETHELG. No sé.
EDITHA. ¿Sufres?
ETHELG. Sí, mi Editha!
EDITHA. (Solícita.) ¿Quieres?...
ETHELG. ¡Nada! Me palpita
el corazon, cual la rosa
se agita al beso del aire
que deposita en su seno

gota de cristal sereno
meciéndola con donaire!
Mas la perla que recibe
la flor sonrosada y pura
hace mayor su hermosura
y la refresca y revive!
yo soy distinta de ella:
—La gota que corre y brilla
en mi pálida mejilla,
deja abrasadora huella!
Si la rosa con encanto
bebe del aura el rocío,
del fondo del pecho mio
viene á mis ojos el llanto.

EDITHA. ¿Y por qué lloras? Feliz
del Rey el amor te hace,
orgullo, amor satisface.
—Vuelva el purpúreo matiz
á tu pálido semblante:
piensa en la dicha suprema
de Ethelredo, cuando emblema
de tu amor puro y constante,
Dios su bendicion os daba
dándoos uno y otro hijo.
—Piensa en el afan prolijo
con que en verlos se gozaba!
—Piensa que él, árbol frondoso
con su sombra te protege
y para tus hijos teje
coronas, padre amoroso.
El consejo general
debe abrirse con presteza,
él ceñirá tu cabeza
con la corona real!
—El noble Athelstan, llegó
á Lóndres muy tarde ayer,
y al Rey ha venido á ver.
¿Qué tus enojos causó?

ETHELG. Quizá locos desvaríos,
presentimientos quizás
que atormentan mucho más
por ser inciertos y mios!

EDITHA. ¿Qué temes?
ETHELG. Temo... á la suerte!
EDITHA. Ella tu dicha avalora.
—De Inglaterra eres señora.
ETHELG. Y es mi señora la muerte. (Con desaliento.)
EDITHA. ¡Loco afan! Si tus temores
causan los nobles, que altivos?...
ETHELG. ¿Qué pueden quitarme? ¿Vivos
pesares? ¿Crudos dolores?
—No, Editha, no me atormenta
ánsia de reinar ni miedo.
Tú, mis hijos, Ethelredo,
mi hermano, y vivo contenta:
en mi corazon uniéndoos,
lazo divino formára
mi cariño, de él avara,
sólo pido morir viéndoos.
EDITHA. ¡Morir!
ETHELG. ¡Ay! La dicha es breve
y es un misterio el amor!
—Á mi lado mi señor
es muda estátua de nieve!
La alegría lisongera
con que á su suerte me unía,
como relámpago huía...
—Ya no es el mismo que era!
—De amor las dichas seguras
que en la mujer la pasion
hacen más viva, pues son
inmensas, ciertas y puras,
dejan al hombre el vacío
en la mente y en el alma.
Huye de la dulce calma!
Busca goces y extravío!
—Para una honrada mujer
el amor que la gobierna
da cual primavera eterna
bella flor hoy como ayer!
Mas la dicha conyugal
se convierte para el hombre,
aunque me pese y te asombre,
en hoja seca otañal!

Los hijos para una madre
son fruto de ardiente estío,
más el invierno sombrío
son para el amor del padre!

EDITHA. ¿Y temes?

ETHELG. (Con profundo dolor.) No es duda vana.

EDITHA. ¿Y tú?...

ETHELG. ¡Cual siempre le adoro!

EDITRA. ¡Te olvida!

ETHELG. ¡Por eso lloro!

EDITHA. ¿Á otra?...

ETHELG. Calla, calla, hermana!
—Veo que su amor se enfria
y ya me siento morir!
—Si te pudiera decir
que ama á otra, ¿viviría?
—Niña, le amé sin temor;
mujer, le adoré constante.
Esposa, fuí tierna, amante,
y muero al perder su amor.
El hombre tiene la gloria,
la fama, la ciencia, el oro,
más nuestro único tesoro
es la esperanza ilusoria
de ser amada, de ser
de un esposo el bien preciado!
—Déjeme por descuidado,
más no por otra mujer!
—Lo siento! Mi vida acaba!
Ay! hijos del alma mia!
—De una madre la agonía
quema como ardiente lava!

EDITHA. (Ap.) (¡Ay! ¡Qué imposible es negarle
de Ethelredo el desamor.
¡Cuánto le ama! Mi dolor
sólo consigo ocultarle!)
Álguien se acerca.

ETHELG. Será
Ethelredo, el amor mio!
(Agitada y levantándose.)

EDITHA. ¡Ah no! Es Athelstan.

ETHELG. ¡Su tio!

déjame sola!

EDITHA. Aquí está. (Editha Váse.)

ESCENA II.

ETHELGIVA, ATHELSTAN.

ETHELG. ¡Duque!

ATHELS. Si os causa estrañeza,
señora, que en esta cámara
penetre, pensad, señora
que es con legítima causa!
—Á Inglaterra, á Lóndres mismo
una órden del Rey me llama;
no está en palacio, y deseo
saber de vos!...

ETHELG. ¿De mí?... Nada
puedo yo deciros, duque.

ATHELS. Despues de ausencia tan larga
vuelvo! Mas ay! Cómo encuentro
á mi desgraciada patria!!
La desgarran los partidos;
insurrectos la maltratan
los nobles, que no se avienen
á acatar cual soberana.
á una plebeya; á la hija
de un soldado; á la que el ánsia
de poder, de goce: orgullo
de hollar esfera tan alta,
indujo á hacer de su rey
el ludibrio de su raza.
Odiosa ambicion...
(Ethelgiva se levanta y dice con dignidad.)

ETHELG. ¡Señor!
Otra mujer que se hallára
en mi situacion, quizá
no escuchára esas palabras,
esas injurias, tranquila,
cual yo acabo de escucharlas!
—Son inmerecidas, duque,
lo vé Dios que vé mi alma!
mas yo venero la gloria

del Rey, y en vos respetára
oyéndoos, al que en sus venas
lleva sangre del monarca!
—Señor, no me conoceis;
vuestro celo es quien me ultraja!
Por eso, por eso no
me ofenden vuestras palabras.

ATHELS. (Qué moderacion!) (Ap. sorprendido.)

ETHELG. (Con pasion.) Yo amo
al Rey. Ay! Si lo negára
inútil fuera! Mas no
amé ambiciosa al Monarca;
al hombre adoré que supo
arrebatarme la calma.
—Dios quiso que el Rey me amase!
Hasta él me elevó. Le amaba!
¿Cómo negarme á la dicha
con el honor hermanada?
—Fuí su esposa! Fuí su esposa!
El Rey estaba á mis plantas
delirante; si orgullosa
la corona ambicionara,
reina hubiera sido! Amante,
sólo admití de su alma
el cariño. En beneficios
á su pueblo destinaba
los dones que el Rey me hacía
y aliviaba sus desgracias.
—La córte me desdeñó
y nunca una queja exhala
el labio que al fin consigue
templar de mi Rey la saña,
contra aquellos que indiscretos
con pretensiones extrañas,
buscan pretexto en su enlace
y rebeldes se declaran!
—Dios nos bendijo, mis hijos
pedazos son de mi alma!
Por ellos dicen que debo
aceptar de soberana
la corona.—Indiferente
la acepto, aunque me acobarda

su peso. No quiero honores,
sólo es de Ethelredo el alma!

ATHELS. (Confuso.) ¿Como podré yo, señora,
reparar mi enorme falta?
Al escuchar vuestro acento
llegué á comprender la causa,
por qué el pueblo en mis oidos
dijo vuestras alabanzas!
Si la ambicion de los nobles
de vuestro nombre hace un arma,
desde que entré en Inglaterra
todos con amor me hablan
de vos!

ETHELG. (Ansiosa.) ¡Todos?

ATHELS. Todos, sí.

ETHELG. ¿Vísteis al Rey? (Con dolorosa intencion.)

ATHELS. Ya me tarda
el momento de abrazarle!
Ántes caigo á vuestras plantas.
¡Perdon os pido! (Postrándose.)

ETHELG. (Con bondad.) Alzad, duque.
Me juzgásteis mal y acaba
vuestro error donde comienza
mi desdicha! Mi esperanza!
(Alzando los ojos al cielo.)

ATHELS. ¿Vuestra desdicha?

ETHELG. (Esquivando la pregunta.) Mis hijos
de vos necesitan: harta
será su felicidad
si vuestro amor los ampara!

ATHELS. Son los hijos de Ethelredo!
son porvenir de la patria!
Por ellos juro verter
toda mi sangre.

ETHELG. ¿Sí? Gracias!
Son para mí de consuelo
esas leales palabras!

ATHELS. (Inclinándose.) ¡Señora!

ETHELG. (Disponiéndose á marchar.) ¡Adios!

ESCENA III.

DICHOS, el REY, CORK.

REY. ¡Athelstan!
ATHELS. (Hincando la rodilla en tierra.)
¡Mi noble sobrino! Es tanta
mi dicha al volver á verte!
REY. (Levantándose.) ¡Tio! Despues de tan larga
ausencia, no á mis piés, no;
mis brazos aquí te aguardan. (Se abrazan.)
—Pero dime, noble duque,
¿qué te condujo á esta cámara?
ATHELS. (Mirando á Ethelgiva.)
Sentimientos muy distintos
de los que ahora me acompañan.
REY. (Á Ethelstan.) ¿Qué os dijo el duque, señora?
¡Su presencia aquí me causa
sorpresa!
ETHELG. De las bondades
del Rey conmigo, me hablaba.
De mis hijos, que del reino
son legítima esperanza.
De su lealtad y cariño
hácia vos, señor!
ATHELS. (Ap. sorprendido.) (Ya es harta!...)
REY. ¿Y nada más?
ETHELG. ¡Nada más!
REY. Bien.—Cork, escucha.
(Vuelve la espalda á Ethelgiva y habla bajo con el conde.)
ETHELG. (Con dolor.) Es hoy tanta
mi debilidad!...
REY. Podeis
descansar.
(Indiferente haciendo seña de que se retire á su cámara.)
ATHELS. (Ap.) (¿Qué es lo que pasa?)
ETHELG. Dios, consuelo del que sufre,
poned término á mis ánsias. (Váse.)

ESCENA IV.

EL REY, CORK, ATHELSTAN.

REY. (Á Cork.) ¿Y te negarás á hacer
lo que el monarca te ordena?
CORK. (Con firmeza respetuosa.)
Señor, sabes que mi sangre,
mi vida, son de tu alteza!
Mas esa órden...
REY. (Impaciente.) Preciso
es que cumplimiento tenga!
Es preciso, entiendes, conde?
que al cabo libre me vea
del contínuo torcedor
que mis dichas envenena.
¿Qué dirias, Athelstan,
al saber que hay quien intenta
oponerse á mis mandatos?
ATHELS. Que si la órden!...
REY. (Con altivez.) Pudiera
no ser justa siendo mia?
CORK. La piedad es quien me veda...
REY. (Á Athelstan.) Escucha, duque; yo veo
que todos mal la presencia
llevan de Ethelgiva aquí;
y pues casando con ella
cometí una grave falta,
hoy tiene la falta enmienda.
El consejo de divorcio
órden firmó; Cork se niega
á entregársela á Ethelgiva.
ATHELS. ¿Cómo? Arrojar á la reina
del tálamo, de palacio?
—Es de muerte tal sentencia!
REY. Las mujeres lloran siempre...
Morirse... es más árdua empresa.
CORK. Es la madre de tus hijos!
ATHELS. Todo el pueblo la venera,
que conoce sus bondades
y sus virtudes respeta.

REY. La quise, la quiero aún,
mas de los nobles la queja
no puedo desatender.
—En la patria pienso; es fuerza
dar á Inglaterra recursos
que hoy no tiene.—Bien dijeras,
Athelstan: con Normandía
haciendo alianza estrecha
podré vencer á los nobles,
que rebeldes se presentan!
—De Koerfort y Yemerland
los duques alzan bandera
contra mí... Contra su Rey.
¡Basta de ignominia! Sea
mi nombre terror del anglo!
Mi poder sobre él se extienda!
Que la sangre Escandinava
fertilice ya la tierra,
cuyos productos no bastan
para el oro que nos cuesta!
Todos morirán, á un punto;
hombres, mujeres y tiernas
criaturas; aun las que al pecho
de la madre se alimentan;
aun los que busquen refugio
al pie del altar, perezcan
al filo de las espadas!
Todos, todos, sí, que es esa
mi voluntad. Determino
libertarme de tal lepra,
y de Ethelgiva, y de cuanto
me aprisiona, me sujeta!

CORK. Señor! Que del enemigo
ya libre la patria sea
es justo, y justo tambien
el castigo, aunque parezca
mas venganza que castigo
el que se ensaña en su presa!
—Más que sujecion, señor,
son lazos que no te aprietan,
cadenas que no te oprimen,
prision que libre te deja.

REY. Basta.

CORK. Escúchame, señor,
en nombre de Dios; que pesa
el silencio á quien leal
de caballero se precia.
—Cuando, hace ya largo tiempo,
despreciando de la reina
las gracias, tu majestad
buscó en la córte diversas
intrigas, en que otro amor
jugó la parte primera,
no me sorprendió, que al cabo
al placer el alma anhela!
—Cual ramillete de flores,
cual sarta de ricas perlas,
los nombres de las hermosas
que te amaron pareciera.
—Prudente, dulce, obsequiosa,
siempre contigo la reina,
no vió, no quiso ver nada,
que en confianza completa
vivía!—Si así te place,
sigue por la fácil senda
del placer, mas no arrebates
á Ethelgiva la existencia.

REY. (Con violencia.)
El consejo ha decidido
que llame al tálamo á Emma.
Urge el tiempo; del divorcio
hoy envían la suprema
órden; hoy mismo quizá
llegue á Lóndres la hechicera
flor de Normandía; y hoy
saldrá de palacio esa
mujer, que ya no es mi esposa,
ni fué del inglés la reina!

CORK. ¡Ah, señor! Resistirá
al dolor?

REY. Todo en la tierra
es mudable. Si su frente
con la coróna ciñera,
el consejo no podría

destituir á la reina!
Sólo esposa, rompe el lazo
que sólo la iglesia uniera,
pues á la razon de estado
toda razon se doblega!

ATHELS. Pero señor, la justicia!...

REY. (Con firmeza.) Soy yo! Sé tú la prudencia!

ATHELS. Pero...

REY. ¡Basta! Mira, duque,
es inmensa su helleza!...
Al duque de Normandía,
por su noble hermana diera
con la mitad de mi reino,
la mitad de mi existencia!
y al recibirla concluyo
una asoladora guerra,
y me creo un aliado
que del danés me liberta!
Comparad su dulce rostro
de rosas y de azuzenas,
y sus rizados cabellos
que el oro de Ofir semejan;
las perlas de aquella boca,
y aquel cuello que avergüenza
al cisne, con la hermosura
incolora, macilenta
de Ethelgiva! Comparad
y...

CORK. ¡Alfero! (Aparece Alfero.)

ATHELS. (Ap. al Rey.) (Señor, prudencia.)

ESCENA V.

DICHOS, ALFERO.

ALFERO. Señor duque! aquí vos?
(Saludando á Athelstan.)

ATHELS. Ven á mis brazos,
buen Alfero!

REY. (Ap.) (¡Su hermano!)

ALFERO. (Id.) (Mal reprimo
mi enojo, mi furor!)

ATHELS. (Abrazándole.) Dicha es la mia;
que en mí tienes, lo sabes, un amigo.
ALFERO. (Sin poderse contener.)
Un amigo, señor! Un juez quisiera
que juzgase imparcial si el pecho mio,
donde se agita tempestad furiosa,
debe dar de firmeza claro indicio,
ó atropellando audaz todo respeto,
soltar la rienda á su infernal delirio!
ATHELS. ¿Qué dices?
ALFERO. ¡Ay! La desventura ciega
como ciega el amor y el poderío;
ciego estoy, señor duque, que la ira
denso velo á mis ojos poner quiso!
REY. Pues será bueno que apartarlo sepa
á tiempo el buen Alfero, y comedido
reconozca á quien habla y lo que dice,
que los tiempos no son siempre los mismos,
y tal pudo escuchar, que no oyó entónces
y ahora escuche sin que hable el atrevido!
ALFERO. La injuria vil desprecia el pecho airado
que herido está en su honor y en su cariño!
Cuando á raudales vierte sangre el alma,
¿qué importa un arañazo tan mezquino?
REY. No arañazos las garras del leopardo
hacen! La muerte da su poderío!
ALFERO. Las garras del leopardo dan la muerte?
¡Con la vista da muerte el basilisco!
Yo basilisco soy, si vos leopardo,
y el venenoso dardo á vos dirijo!
REY. ¡Loco ese hombre está!
ALFERO. ¡Loco? De angustia!
—Decid, señor! ¿Que vísteis en los mios,
en mí, en mi pobre hermana ó en mi esposa
para lanzarnos un baldon inícuo?
REY. ¿Cuentas pedís? (Con desprecio.)
ALFERO. Sí. ¡Cuentas de mi fama!
dádmelas, señor Rey, que las exijo!
¿Repudiada mi hermana? Por qué causa?
Ella en la infamia! y vos vivís! y existo?
Á una mujer infame se la mata!
Si ella lo es, la muerte es su castigo!

Si es inocente, y os estorba, dadle
muerte tambien, en vos su dueño miro:
dad á la vida muerte, si os agrada,
mas no mateis su honor, su honor es mio.

REY. ¡Ley es mi voluntad!

ALFERO. ¿Decid su culpa?
No es honrada? No es pura? Pues decidlo!

REY. ¿Cuándo cuenta os debí de mis acciones?
¡Salid! y agradecedme que benigno
todavía os perdone.

ALFERO. Señor Rey,
de vos apelo á Dios! Aquí, Dios mismo
decidirá si la razon es vuestra
ó de mi hermana! Acero noble ciño,
vos lo ceñís tambien. El que sucumba
será á quien Dios imponga su castigo!

REY. ¡Loco estais! Á Ethelgiva la exaltaba
á mi altura mi amor. ¿Cuándo atrevido
pudísteis esperar á mí igualaros?
¿Vos medir vuestro acero con el mio?

ALFERO. Lo mediré, aunque sepa con mi mano
manchar el régio rostro!

REY. (Furioso.) ¡Por Dios vivo!

(Alfero va hácia el Rey con la mano levantada. Athelstan se interpone ántes de que llegue á tocarle.)

ATHELS. ¡Alfero!

(Cork corre á la puerta de la derecha y llama á los guardias.)

CORK. Guardias!

REY. (Frenético.) ¡Por mi honor! Dejadle!
¡Él lo quiere! Será! Muera el indigno!
Ántes que Rey, soy hombre y caballero!
En guardia, pues, en guardia...

(Desenvainan las espadas.)

ALFERO. Apelo al juicio
de Dios! Que Dios decida entre nosotros.

REY. ¡Que decida! Venid.

(Empieza el combate y Ethelgiva dentro de su estancia dice.)

ETHELG. Oigo ruido
de espadas! Santo Dios!

ATHELS. (Con gran claridad y rápidamente á Alfero.)
¡Ella se acerca!
Nada sabe! Serás tú su asesino?

ALFERO. (Dejando caer el brazo que sostiene la espada pero sin soltarla.)
¡Qué horror!

ESCENA VI.

DICHOS, ETHELGIVA.

ETHELG. (Colocándose entre los dos.)
¡Esposo! Hermano! Qué sucede?

ALFERO. (Tratando de dominarse y aparecer indiferente.)
El temple de mi acero probar quiso
el Rey, por compararle con el suyo.
(Al Rey, que los mira con indiferencia: ofreciéndole la espada.)
Lo quereis, gran señor? Ya veis que es fino!

ETHELG. ¡Ay!
(Profundo suspiro como tranquilizándose.)

ATHELS. (Observándola con dolor.)
(¡Parece salida de la tumba!)

REY. (Con desprecio señalando la espada que Alfero le ofrece.)
¡No, conservadle vos! Prefiero el mio!

ALFERO. (Ap.) (No puedo más! Apenas me contengo.)
(Va á marcharse ocultando su emocion. El Rey dice en tono despreciativo.)

REY. ¿Os alejais?

ALFERO. (Saludando.) Señor! (Atroz suplicio!) (Váse.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos ALFERO, un UJIER.

UJIER. ¡Señor!
(Entrega al Rey un pergamino y váse.)

REY. Dame. Es la noticia.
(Despues de leer, dándole á Cork otro pergamino,

que trae en el cinturon.)
Emma va á llegar. Entrega
la...

CORK. Jamás! Antes la muerte!

REY. (Con enojo.) Está bien. De mi presencia
aléjate para siempre...
Sal al punto de Inglaterra,
mal vasallo.

ETHELG. Señor! Gracia!
¿Por qué tan dura sentencia?

REY. ¿Por qué?

ATHELS. Por... (Interrumpiendo al Rey.)

ETHELG. (Al Rey.) ¡Ah! perdonadle!
Por mí: por él: por su eterna
acrisolada lealtad!
(Á Cork.) Cork: obedecer es fuerza.
de Dios el Rey es imágen!
(Al Rey.) ¡Obedecerá!

REY. (Con dureza.) Que sea
pronto.

CORK. ¡Nunca! Aunque mi muerte
aquí disponga tu alteza!
¡Nunca!

REY. Sal de mi palacio
ahora. Despues de Inglaterra. (Váse Cork.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos CORK.

REY. (Á Ethelgiva.) Él no quería entregaros
este pliego, y pues es fuerza,
mi mano os la da. Del Rey
y el consejo, órden suprema.
(Le entrega el pergamino.)

ATHELS. (Ap. al Rey.)
(¿Qué haces, Ethelredo?)

REY. Hago
lo que el deber me aconseja!

ETHELG. (Ap.) (¡Dios mio! ¿Qué podrá ser?)

REY. Ven, duque. (Á Athelstan.)

ATHELS. ¡Pero!...
ETHELS. (Ap., mirando al Rey.) (Ya tiembla
mi mano! Su acento espanta.)
REY. ¡Oh! Ven! El Rey te lo ordena. (Vánse.)

ESCENA IX.

ETHELGIVA, sola.

Ni una mirada. ¡Ethelredo!
(Viendo irse al Rey.)
¿Así mi amor desconoces?
—¿Y tus dulcísimas voces
del cielo alegre remedo?
¿Dó fué tu amor? ¿Qué os hicisteis,
promesas, que mi ilusion
imprimió en el corazon
donde vida y gloria fuísteis?
(Mirando el pliego.)
Este pergamino encierra
de mi destino la llave!
Por no dármelo Cork sabe
marchar á extranjera tierra.
¡Valor! Rompamos la nema,
que va dirigida al Rey!
Su amor es mi dulce ley!...
Mas dijo que órden suprema.
¡Duda fatal! Áspid fuerte
eres que mi pecho esconde!
¡Duda fatal! Yo sé dónde
me conduces! Á la muerte!
¡Duda fatal! Tu tormento
es tan grande, tan horrible,
que la realidad terrible
dulce será al pensamiento!
(Desarrolla el pergamino y lo lee. Despues grita casi en delirio.)
¡Ah! El divorcio! La vergüenza!
¿Por qué? ¿Por qué? Soy honrada!
¡Te adoro! Soy madre! Nada
puede? Mi muerte comienza! (Se desmaya.)

ESCENA X.

ETHELGIVA, EDITHA.

EDITHA. Oí voces de agonía!
(Al ver á Ethelgiva.)
¡Cielos! ¿Qué ha pasado aquí?
¡Ethelgiva, muerta!... Sí.
¡No, respira!
(Se acerca á Ethelgiva y la ayuda á incorporarse.)
¡Reina mia!
vuelve en tí!
ETHELG. (Volviendo.) ¿Quién es?
EDITHA. Tu Editha.
Tu hermana! No me conoces?
Aquella á quien con tus voces
llamaste!
ATHELS. (Con dulzura y misterio.) ¡Calla! Marchita
la rosa al suelo cayó.
Ya el áura no la revive;
ya el rocío no recibe,
ni ya el llanto la inundó.
EDITHA. ¿Qué dices?
ETHELG. (Delirando.) ¡Calla!
EDITHA. Á tu Edmundo,
á tu Alfredo vas á ver.
(Se dispone para ir á buscar á los niños y Ethelgiva la detiene.)
ETHELG. No los hagas descender
hasta este abismo profundo.
¿Abismo? ¡No! un trono!
(Creyendo oir las palabras del Rey en el segundo acto.)
Fia!
«Plácemes recibiré,
»que en ella os presentaré
»á vuestra reina y la mia.»
EDITHA. ¡Oh! ¿No me conoces hoy?
ETHELG. Solo conozco á Ethelredo!
(Con dolor, huye creyendo verle.)
Su mirada me da miedo!

(Con mucha dulzura como hablando con él.)
Si ya esquiva no te soy!

EDITHA. Mas...

ETHELG. (Á Editha.) ¡Calla!

EDITHA. Pero...

ETGELG. (Pensando que el Rey le habla.)
¿Qué dice?

EDITHA. ¡Qué es esto, Dios de Israel!
(Coge el pergamino del suelo y lo lee.)
¡Ah! Quizás este papel!...

ETHELG. ¡Calla!

EDITHA. ¡Ay, hermana infelice!

ETHELG. (Repitiendo las palabras que cree oir.)
Piensas que es capricho vano,
hermosa, el que á tí me guía?
Mal me juzgas! La armonía
del concierto universal;
la luz vivificadora
del astro esplendente y bello;
la flor, que dobla su cuello
al rocío matinal;
la sangre que en las arterias
se derrama poderosa,
y vuelve, y jamás reposa
dándonos vida y calor,
no son más que obra imperfecta
del Dios sumo omnipotente,
comparadas al ardiente
impulso que dió á mi amor!
¡Oh! Te amo! Mira, Ethelredo
tus hijos! Qué hermosos son!
Más inmensa mi pasion
harían... Mas ya no puedo
amarte más! (Cree que le hablan al oido.)
(Con dolor escuchando.) Oh! callad!
¿Qué dicen? Que á otras mujeres
amas tú? Vanos placeres
te darán; mas la amistad,
el amor, el desvarío,
(Llevándose la mano al corazon.)
que aquí siento por tí yo
no te lo dan: eso no!

Soy tu esposa! Tú eres mio!
(Cree abrazarlo. Transicion súbita con inmensa confianza y cariño.)
Me engañaban! Ven aquí,
á mi lado! Allí mi Editha,
Guarda á Alfredo, que se agita!
¡Edmundo! El laud! Así!
(Ethelgiva vá á pulsar el laud, cuando oye música festiva que se aproxima lentamente. Se supone que es el real cortejo. Ethelgiva se lanza á la ventana, á pesar de Editha que quiere detenerla.)

ETHELG. ¡Música! Tumulto. Á caza
el Rey vá; por compasion (Á Editha.)
¡déjame!.. Por el balcon.
le vere al cruzar la plaza!
Déjame! Bien mio! Es él! (Ya en la ventana.)
¡Con otra mujer! ¿Qué veo?...
(Editha corre tambien á la ventana.)

EDITHA. ¡Otra mujer!

ETHELG. No lo creo!...
¿Es ilusion de Luzbel!
—¡Es Ethelgiva. Y me deja!...
¡Y yo! ¿quién soy? Cielo santo!
¿Cómo queriéndole tanto
mi pobre alma de él se aleja?
Aquel es mi cuerpo, sí;
con él se queda en el suelo;
y el alma que subió al cielo,
le contempla desde allí!
—¡El cielo! Mansion suave
de paz, de amor, de venturas...
¿Cabe la inmensa amargura
que siento, donde Dios cabe?
No, im posible; el cielo está
cerca de él, que es mi alegría.
Discurre más, mente mia!
¿Viva estoy? ¿He muerto ya?

VOCES. (Fuera.) ¡Viva el Rey!

OTRAS. ¡Viva!

OTRAS. ¡Que viva
la reina!!

ETHELG. (Con alegría.) ¡La reina! Yo!

(Siguen las aclamaciones. En este momento se oye la música tan cerca como si pasase por debajo del balcon. Despues empieza á alejarse, y llega á oirse muy lejos, pero sin cesar hasta la terminacion del acto.)

ESCENA XI.

DICHAS, ALFERO, que oye las últimas palabras.

ALFERO. No, desgraciada! Tú no.
Emma es la reina, Ethelgiva!
ETHELG. ¡Ay! (Grito y cae hácia atrás.)
EDITHA. ¡Qué horror! Aquí! Socorro!
(Llama á la puerta de la cámara de Ethelgiva.)
Venid todos.
ALFERO. (Desafiando al cielo.) ¡Oh, Dios mio!
¿Esto es justo!
EDITHA. (Solemne.) ¡Calla, impío!
la has muerto!

ESCENA XII.

DICHOS, ATHELSTAN, DAMAS y PAJES.

ATHELS. En su auxilio corro.
(Alfero desesperado se lanza á socorrer á Ethelgiva.)
ALFERO. ¡Muerta! mi hermana!
ATHELS. ¡Infeliz!
ETHELG. ¿Ay!
(La levantan y conducen al sillon.)
Todos aquí conmigo! (Á Athelstan.)
Vos tambien, señor!
ATHELS. Tu amigo
soy!
ETHELG. Gracias! Negro matiz
oculta el sol que un instante
brillante me iluminó.
Su fulgor desvaneció
el carmin de mi semblante!

(Á Editha.) Sé de mis ojos la madre!
Mírame en ellos! Es ley!
(Á Editha y Alfero.)
Nunca abandoneis al Rey...
(Notando un movimiento rencoroso de Alfero, le coge la mano.)
Aunque el alma te taladre!...
Júralo! (Alfero vacila.) ¡Por mí!

ALFERO. Lo juro!

ETHELG. Dá tu vida si es posible
por él.

ALFERO. La daré!
(Ethelgiva le besa la mano.)

ETHELG. (Ap.) (Terrible
suerte.)

EDITHA. ¡Morir ya no es duro!
Verle en el supremo instante
inmensa dicha sería!
Al frio de mi agonía
diera calor su semblante.
Señor, qué hermosa es tu esfera!
¡Qué bien allí se respira!
Nada temores inspira!
Tranquila el alma en tí espera!
¡Mis joyas!
(Sacan del armario un rico cofrecillo que le presentan abierto. Ethelgiva saca las joyas y las reparte entre las damas.)
¡Tomad!—¡Mi oro!
(Saca tambien del cofre un bolso que da á sus pajes.)
Á vosotros.
(Se quita una cruz de oro que lleva al pecho y la da á Alfero.)
Con mi amor,
la cruz de mi Redentor.
(Saca tambien la daga del segundo acto y la dá al duque despues de besarla.)
—¡Esta daga! Mi tesoro!
¡Fué del Rey! Me la dió á mí!
Yo á vos... que es de honor emblema.
(Se quita la aureola de oro que ciñe su cabeza, y

la coloca en la de Editha que llora arrodillada. Despues dá á la misma el pergamino que escribió.)

Hermana, que mi diadema
ciña tus sienes! Así!
(Se debilita por momentos.)
¡Adios! Mis hijos!... Mis hijos!...
Señor! mi alma... tú... recibe!...
Ethel... (Espira.)

EDITHA y ALFERO. ¡Ah!
(Caen á sus piés y besan sus manos.)

ATHELS. ¡Murió! Más vive
libre de afanes prolijos!

EDITHA. (Con solemnidad.)
¡Señor! No Juez, sino Padre,
acógela sin rigor,
por el acerbo dolor
de tu purísima Madre!
Muriendo su pena olvida.
Mas ya que el cuerpo sucumba,
¡Señor! que lleve á la tumba
la esperanza de otra vida!

(Todos en distintas actitudes hacen cuadro cerca de Ethelgiva. Por la galería del fondo, detrás de las ventanas, se ve pasar al real cortejo en que va Ethelredo con manto y corona real, dando la mano á Emma, tambien ataviada con las reales insignias. La música, que nunca deja de oirse, es más alegre y próxima. Aclamaciones.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA.

—

Los versos que van entre comillas pueden ser suprimidcs en la representacion.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.